

gación de los espacios públicos. El mérito del libro, sin embargo, no radica simplemente en la habilidad de los autores de reseñar tendencias, sino en descifrar los gestos y decisiones que impulsaron las modificaciones urbanas durante el siglo XIX, no como cúmulo de actos irrevocables, sino como momentos coyunturales, tomas de posición, justificaciones, encuentros de miradas y propuestas. En cada momento, nos invitan a reflexionar los autores, hubo alternativas y elecciones, se jugaron supuestos sociales y culturales, intereses económicos y políticos, concepciones espaciales. Cuando dejemos de escribir la historia como la progresión natural de momentos ineludibles, el presente también se volverá más maleable.

Miruna Achim

Universidad Autónoma Metropolitana-Cajimalpa

MARCO ANTONIO SAMANIEGO LÓPEZ, *Nacionalismo y Revolución: los acontecimientos de 1911 en Baja California*, Mexicali, Centro Cultural Tijuana, Universidad Autónoma de Baja California, 2008, 648 pp. ISBN 9789707351035

Durante un largo tiempo, ha existido la impresión entre los historiadores de que los estudios realizados en torno a la revuelta magonista en Baja California en 1911 habían sido efectuados con una visión desde afuera, sin indagar lo bastante sobre las características de la región en donde tuvieron lugar muchos de los acontecimientos. También se consideró que no se habían analizado con suficiente detalle los diversos grupos de esta zona cuyos miembros se habían involucrado en la campaña de una u otra manera.

El libro reciente de Marco Antonio Samaniego López, *Nacionalismo y Revolución: los sucesos de 1911 en Baja California*, es

un intento para suplir esta deficiencia al mismo tiempo en que se intenta, además, englobar dentro de sus parámetros una revisión crítica de varios aspectos estudiados por otros historiadores anteriormente.

Una de las aportaciones principales del libro de Samaniego López es su análisis detallado de los distintos grupos de integrantes que lucharon con las fuerzas insurrectas y federales —los agricultores, rancheros, indígenas y voluntarios extranjeros—, así como de aquellos miembros de la población civil que, aun cuando no hubieran tomado parte activa en los combates, se vieron afectados de una manera u otra por los vaivenes de la lucha. Su examen de los rancheros del valle de Mexicali y de los grupos indígenas de la región del río Colorado (los cúcopas y los yumas) y de la sierra de Juárez (los kiliwas y pai-pais, especialmente) arrojan considerable luz sobre el carácter y la magnitud de la participación de miembros de la población local en la lucha. Los resultados de su análisis de los combatientes mexicanos en la campaña —algunos de los cuales lucharon en favor de la revuelta mientras que otros pelearon en contra— subraya el hecho de que la lucha en esta zona —que de manera semejante ha sido la conclusión de estudios sobre la revolución en otras regiones de México— constituyó una verdadera guerra civil.

Samaniego López señala que la tendencia de los historiadores a tachar a los bajacalifornianos que apoyaron la lucha contra los rebeldes de “porfiristas” o “reaccionarios”, ha resultado en una distorsión de los verdaderos intereses y actitudes de este grupo. Si bien apoyaron al gobierno de Díaz en la defensa del territorio de Baja California, no necesariamente compartían las ideas de éste sobre lo que deberían ser las metas políticas, económicas y sociales del país ni de la región bajacaliforniana en particular. Como señala Samaniego López, varios miembros de este grupo que cambiaron su lealtad a la facción ganadora en la lucha eran maderistas “de última hora”. No obstante, es evidente

que muchas de las personas influyentes del Distrito Norte, sobre todo en el caso de los comerciantes y representantes del consejo municipal de Ensenada, eran, como el historiador estadounidense Peter V. Henderson ha comentado con respecto al presidente interino Francisco León de la Barra, “porfirianos progresistas”. Tal caracterización también puede aplicarse a Madero y varias de las personas que colaboraron más cercanamente con él en el levantamiento de 1910-1911.

Al igual que otros historiadores que han escrito sobre la rebelión magonista en esta región, como Lowell L. Blaisdell y Lawrence Douglas Taylor Hansen, Samaniego López descarta la idea de que Ricardo Flores Magón y los demás integrantes de la Junta Liberal tuvieron la idea de separar la península de Baja California de México y anexarla a Estados Unidos, ni de que el gobierno estadounidense les haya dado apoyo financiero y material, sobre todo con respecto al armamento. Subraya, sin embargo, el hecho de que existía un sentimiento importante en favor de la anexión de Baja California y Sonora a Estados Unidos (o porciones de estas entidades) entre los miembros de ciertos sectores económicos estadounidenses (sobre todo los que tenían propiedades e inversiones en aquellas regiones). También señala, como en el caso de los trabajos de Blaisdell y Taylor, que este sentimiento tenía una larga trayectoria que se remontaba a los principios del siglo XIX por lo menos.

La supuesta “amenaza” de Estados Unidos en aquella época era real y todavía lo es, en muchos sentidos. A consecuencia de los atentados filibusteros del siglo pasado, las fuertes inversiones por parte de individuos y compañías extranjeras en la península, así como el deseo por parte del gobierno estadounidense de utilizar el territorio para sus propósitos militares, los habitantes de Sonora y Baja California todavía tenían miedo de una futura separación de estas áreas de México y su absorción a Estados Unidos. Su preocupación estaba bien fundamentada, especialmente en

cuanto a Baja California, dado que la idea de anexar la península había echado raíces en la mente de muchos estadounidenses, sobre todo de aquellos que vivían en el suroeste, cerca de la frontera. Había muchas personas dentro de la sociedad estadounidense en general, e incluso en el gobierno, que habrían querido que su país ejerciera el control o la soberanía sobre Baja California y otras regiones del noroeste de México. Creían que estos territorios tenían poco valor para los mexicanos y que, en cambio, podían ser de gran beneficio para la futura grandeza y prosperidad de su propia nación. Propuestas formales en torno a la adquisición de la península por parte del gobierno de Estados Unidos surgieron de vez en cuando hasta bien entrado el siglo XIX.

Era natural, entonces, que cuando los magonistas iniciaron su revuelta en Baja California a finales de enero de 1911, con fuerzas que llegaron a contar con un alto porcentaje de extranjeros, los habitantes locales lo tomaran como una repetición de los ataques filibusteros del pasado y, por ende, reaccionaran en contra de lo que percibieron como una invasión y amenaza externa. Esta percepción de un movimiento “filibustero”, enfatiza Samaniego López, es importante para comprender la reacción de muchos bajacalifornianos con respecto a la revuelta así como su renuencia de unirse a los insurrectos. Este factor, junto con los actos de robo —o “confiscaciones” de tributo, como los magonistas los llamaban— y destrucción de propiedad cometidos contra la población local, contribuyeron a que los bajacalifornianos se alejaran del movimiento rebelde.

Los bajacalifornianos no pudieron comprender el razonamiento detrás de los argumentos proporcionados por Ricardo Flores Magón para permitir que extranjeros se enrolaran como voluntarios en el “ejército” liberal. Todavía estaban vivos en la memoria colectiva del pueblo peninsular y del noroeste de México en general los estragos provocados por las invasiones filibusteras de medio siglo atrás, todos los cuales habían sido, como la revuelta

encabezada por los liberales, ataques procedentes del extranjero. Entre los soldados rebeldes, vieron a muchas personas rubias, lo que para ellos significaba que eran “gringos” o “norteamericanos”, puesto que para los mexicanos en general, todo extranjero era estadounidense. No todos los combatientes liberales extranjeros tenían rasgos anglosajones o nórdicos, también había mezclados con ellos varios negros, muchos de los cuales eran obreros de la organización laboral Industrial Workers of the World (IWW) o ex combatientes de las fuerzas armadas estadounidenses.

Sin embargo, el rechazo de los bajacalifornianos para identificarse con los soldados rebeldes iba más allá de diferencias de origen étnico o racial; también reflejaba disimilitudes entre los dos grupos en términos de cultura nacional. En México, a lo largo de la época colonial y del primer siglo de vida como nación independiente, había estado formándose una identidad cultural nacional distinta a la europea en términos de raza, religión, idioma, etc., que estaba fuertemente arraigada a las antiguas civilizaciones indígenas de Mesoamérica. En el transcurso del siglo entre 1810 y 1910 en México, en particular, se sentaron las bases sobre las cuales, a partir de la lucha revolucionaria de 1910, se podría crear un sólido sentido de comunidad nacional. Las luchas del pueblo mexicano contra España, Estados Unidos y Francia, junto con las concesiones otorgadas por el gobierno de Díaz a los inversionistas extranjeros, no sólo pusieron de manifiesto para muchos mexicanos la necesidad de la unidad nacional, sino también despertaron entre ellos un sentimiento de xenofobia que serviría como elemento unificador para las diferentes facciones revolucionarias que surgieron en las décadas que siguieron al estallido de la revolución de 1910.

Como el destacado historiador estadounidense John Mason Hart ha comentado, la revuelta magonista en Baja California constituye un verdadero *patchwork quilt* de muchos colores y tejidos, cuya variedad y complejidad de actores e intereses invo-

lucrados constituye un desafío enorme para aquellas personas que se atreven a desentrañar sus secretos. El libro de Samaniego López constituye un eslabón importante hacia el enriquecimiento de nuestra comprensión de este episodio controvertido —pero a la vez altamente intrigante— en la historia de nuestra nación.

Lawrence Douglas Taylor Hansen
El Colegio de la Frontera Norte

Laura GIRAUDO, *Anular las distancias: los gobiernos posrevolucionarios en México y la transformación cultural de indios y campesinos*, prólogo de Marcello Carmagnani, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, 382 pp. ISBN 9788425914294

Hasta fines de los años ochenta, la historiografía del México moderno solía retratar al Estado surgido de la revolución (1910-1920) como un leviatán. Su control sobre campesinos y obreros parecía casi completo, y su partido oficial, el PRI, dominó las elecciones durante décadas. Sin embargo, los años noventa trajeron consigo cambios importantes. A medida que los historiadores revisaban los archivos nacionales, regionales y locales en busca de las “armas de los débiles”, entre otras cosas, y a medida que el campo de los estudios de la subalternidad les enseñaba a los historiadores a leer los documentos oficiales “entre líneas”, comenzó a dibujarse una imagen diferente, mucho más matizada, del Estado mexicano posrevolucionario. Ya no parecía capaz de imponer su voluntad sobre un populacho sumiso. Quizás no sea una coincidencia que, más allá del mundo de la investigación histórica, a menudo autónomo, el otrora invencible Estado mexicano monopartidista comenzara a doblarse bajo el peso de